

ARDIENTE SOL DE LA INFANCIA

GUILLEM LÓPEZ

ALIANZA EDITORIAL

Pruebas leídas por Antonio Torrubia

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Guillem López Arnal, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-452-7
Depósito legal: M. 23.845-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

Sí, aquest llibre és per a tu.

PRIMERA PARTE

AL SUR

*We run, we run, oh down south.
Never look into those eyes of Satans wealth.
We run, we run, oh down south.*

«Deep When The River's High»
THE DEAD SOUTH

EN LA CARRETERA

La noche las alcanzó. Era inevitable. Sin luna, ni estrellas. El motor del coche rugía como bestia que reniega de un mal amo. Por fin libres. Había euforia y también miedo en su huida. La carretera era un finísimo cable de asfalto acechado por sombras. A su paso, todo desaparecía demasiado rápido, aunque el camino estaba claro: directas al sur. Un viaje que era en realidad un regreso, en el espacio y el tiempo. Gales no lo dijo en ningún momento, pero estaba segura de ello, convencida y determinada a seguir adelante, en cualquier dirección pero adelante. No existía otra posibilidad. Y Gales lo sabía, conocía la verdad. La llevaba a cuestas como quien carga con su propio ataúd y a la que señalan y, a voces, acusan de loca. Sí, la llamaron muchas cosas: puta, terrorista, bruja... todas ciertas. Pero loca no, de eso nada. Porque Gales sabía. Gales conocía la verdad. Y la verdad era aterradora.

Gales. Bonito nombre. Todo el mundo lo decía. Después preguntaban que quién se lo puso, que por qué, y ella ponía mala cara y desaparecía cualquier cosa que pudiese ser bonita en ella. Aguantaba el volante con una mano y en la otra un cigarrillo. La vista al frente, a la nada. El cuerpo hundido en sí mismo. Encontró en el espejo sus ojos verdes, felinos, también cansados, allá al fondo. Vio esa pequeña porción de ella misma y no se reconoció, como

si hubiesen cruzado una frontera, al otro lado de un reflejo que resulta inquietante, idéntico y diferente. Por un momento dudó y sintió pánico y brincó en el asiento como si acabase de despertar. ¿Y si no habían escapado? ¿Y si estaban en el mismo sitio, solo un poco más lejos? Lejos no era suficiente. Quizá había despertado en un sueño. Un sueño propio. Pero atravesaban un paisaje inventado y eso la liberó y respiró aliviada, aunque también la convirtió en prisionera. Otra vez. Un estremecimiento la sacudió. Era un presagio funesto. Cambió el cigarrillo de mano, sacó del bolsillo un par de cápsulas y se las echó al gaznate. Tragó con dificultad.

—No pienses en eso —masculló.

Al acomodarse, una brizna de ceniza se desprendió del cigarrillo y cayó entre las piernas. Apuró una última calada que casi quemó los dedos y lo apagó en una lata que ejercía de cenicero improvisado. Las colillas se desbordaron.

Un gemido llamó su atención. Oculta bajo la chaqueta estaba Lina. No era más que un bulto en el asiento. Asomaba la cabeza ladeada contra la ventanilla y las piernas tan largas, interminables. Solo tenía cuatro años, aunque ya aparentaba ocho o incluso diez. Gales también aparentaba otra cosa. No podía evitarlo. Eso dependía del observador y no de sus deseos. Los deseos nunca se le dieron bien. Sabía lo que pensaban los otros al verla. Estiró un brazo y la arropó, pero al sentir el contacto la niña dio un brinco.

—¡Que vienen! —exclamó al tiempo que miraba a todas partes y a ninguna—. ¡Ya vienen!

Gales interceptó su mano y la apretó con fuerza.

—Tranquila —dijo—. Soy yo, cariño.

Todavía con la respiración agitada, la niña regresó al cobijo de la chaqueta. Miró afuera. Escrutando el siniestro paisaje.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Gales dudó un largo instante.

—No lo sé —respondió—. Cerca. Cuando veas el mar, habremos llegado.

Lina asintió y murmuró algo que no entendió del todo. La acarició con el dorso de los dedos y al descubrir su propia piel reseca y áspera, tintada de nicotina, tatuajes y mala vida, la devolvió al

volante. También sus propios ojos la juzgaban al verse. Traidores. Chivatos.

—¿Por qué no descansas un poco más? —sugirió—. Duerme. Yo te despertaré cuando lleguemos.

Sí, dormir. Tan fácil como eso. Lina la miró un instante. Como si hubiese dicho una sandez sin gracia. Dormir. Gales sonrió con amargura y la dejó tranquila. La niña calló. Gales vio sus ojos, oscuros como la noche. Eran ojos de anciana. Había algo mágico en ellos, profundo, inexplicable. A veces sentía vértigo cuando Lina la ponía en el vértice de esos pozos insondables y enormes.

Las palabras se desvanecieron al abandonar los labios resecos. Asomó la lengua y encendió de nuevo el aire acondicionado. Nada. Apenas una corriente tibia. Era un coche viejo. En el espejo retrovisor se balanceaba un icono ortodoxo de la Virgen de Tijvin. Al mirarlo, Gales recordaba a Pasha. ¿Qué habría sido de él? Quizá había muerto, como todos los otros. La última vez que lo vio dormía. Lina y ella salieron a hurtadillas. Gales cogió las llaves y rebuscó en su cartera. Respondió a la mirada de Lina sin una explicación. Tan solo se encogió de hombros con resignación. A veces hay que hacer cosas que no están bien, dijo sin decir, de forma que en realidad se reafirmaba, hablando a su propia culpa. Pero eso no satisfizo a la niña, ni a su remordimiento, y cuando ya estaban en la autopista insistió: es un préstamo. Se lo devolveremos. Mentira cochina. Qué vergüenza. Ambas lo sabían. Nunca se le dieron bien las despedidas. Pasha lo entendería. Aunque, a aquellas alturas, Pasha habría muerto. Otro nombre más en su lista.

Esas palabras reverberaban en su cabeza. Al recordar, apretó el volante. Ahogó un gemido y sacudió los dedos. Tenía los nudillos descarnados y palpitantes, alguno hinchado como un ciruelo. Tal vez un hueso roto. El dolor era combustible para la memoria. Dolía el cuerpo y también el alma. Quizá es el único propósito del dolor, recordarnos aquello que hicimos mal: tocar el fuego, confiar en un extraño, traicionar a tus amigos. La vida es corta, pero ancha, lo suficiente como para inundarla de equivocaciones y errores. No, no iban a volver nunca. El suyo era un viaje de ida.

—Ya sale el sol —anunció Lina con la voz quebrada.

Gales no dijo nada, el horizonte clareaba por el este, aunque todavía era pronto para un nuevo día. En lugar de relajarse se puso en guardia. Tras ellas, las sombras enormes de las montañas, como monstruos antiguos que les seguían el rastro. Monstruos peores que ellas mismas.

Entonces vio el rótulo tartamudo.

M TEL HA T C I O N S A I R A C D I C I O N D

—Vamos a parar —dijo, al tiempo que reducía la marcha—. Descansaremos un rato.

La entrada al motel no era más que una explanada de grava. A un lado había diez o doce camiones. La mayoría con las ruedas pinchadas y los vidrios rotos, comidos por el óxido. Cementerio de elefantes. Máquinas que decidieron apagarse durante la larga noche de occidente. Un edificio de dos plantas con un ala de una sola altura en forma de ele. Persianas bajadas. Detuvo el vehículo y, cuando ya había echado un pie al suelo, dijo: espera aquí. Pero Lina no hizo caso y salió tras ella. Gales la miró y se tragó la autoridad porque la niña no quería quedarse sola. Lo dijo sin decir.

—Coge la chaqueta —ordenó Gales—. Hace frío.

Lina obedeció y regresó al coche. Gales miró alrededor. Desolación. La chaqueta de motorista de Gales le quedaba muy grande a Lina y las mangas le llegaban a las rodillas.

El interior, todo lo contrario que el frescor de la madrugada: atmósfera densa, aire pesado que hedía a amoníaco, hollín y papel viejo. A la derecha había un bar con pinta de museo de ciencias naturales. Dos hombres desayunaban en la barra. En la televisión, videos musicales pasados de moda. Una cabeza de jabalí en la pared del fondo. Sus ojos de cristal nacarado no reflejaban nada.

—¿Hola?

—Dígame.

Tras el mostrador apareció un hombre en camiseta de tirantes. Las miró con desconfianza. Bolsas color mostaza bajo los ojos. Un herpes en la comisura de la boca.

—Una habitación —dijo Gales.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Nada, nada —replicó el tipo con la boca pequeña—. ¿Dos?

—Sí.

—¿Solo dos?

El tipo miró a la niña y, de camino, encontró las manos de Gales sobre el mostrador; manos de delincuente, de adicta, de atención: peligro. Abrió mucho los ojos. Sin disimulo. Gales las ocultó. Tomó aire y exhaló como quien arroja lastre para mantener a flote a la paciencia.

—He conducido toda la noche —explicó—. Estoy cansada, ¿sabes?

El chico reaccionó, tragó saliva y esgrimió una sonrisa nerviosa.

—Claro —dijo.

Encendió una pequeña pantalla y tecleó.

—¿Me permite su documentación? —preguntó como cualquier cosa. Y miró a otra parte, al bar, a la televisión, al tipo que mojaba una madalena en el café con leche. De reojo, escudriñó a Gales mientras rebuscaba en los bolsillos del pantalón. Disimuló cuando dejó la documentación sobre el mostrador. La cogió y titubeó al leer.

—Gales Bataller —murmuró mientras transcribía la ficha—. Bonito nombre.

Silencio. Solo se escuchaban las pulsaciones digitales en la tableta de registro. La televisión al fondo.

—No es por nada. Pero su acento. Suena a forastera —añadió—. Si ha conducido toda la noche, vendrá de muy lejos...

Gales no dijo nada. Puso una mano en la espalda de Lina y la pellizó con suavidad en la nuca. Entonces, el tipo levantó la vista y sonrió a la niña, pero fue un gesto siniestro y breve que naufragó en la indiferencia de ella.

—Cargaré las baterías un par de horas —dijo Gales—. También necesito llenar el depósito.

—No hay gasolina. El camión cisterna pasa los jueves —replicó el tipo—. Igual tiene más suerte en Navàs o Sallent.

Gales no dijo nada.

—¿De viaje? —continuó el tipo.

Ahora sí, Gales respondió como quien se amuralla.

—Sí —dijo—. Vamos a ver a la familia. A Zaragoza.

Y en ese momento, justo ahí, el tipo dejó lo que estaba haciendo y la miró durante un largo instante y después sobre su hombro, hacia el coche. ¿Quién va a Zaragoza por carretera? Mala excusa. No se le había ocurrido nada mejor. Mala suerte. Entonces el recepcionista asintió y murmuró: ya. Dio media vuelta, tomó una llave del casillero y la dejó en el mostrador.

—La ocho —dijo—. El farol de la puerta no funciona. Aunque se hará de día en un rato.

—Solo queremos dormir un poco y darnos una ducha —explicó Gales.

—El precio incluye treinta litros de agua caliente —explicó con voz monocorde—. Las toallas se pagan a parte.

—No hay problema.

—Por adelantado.

—De acuerdo —dijo ella, esperó un segundo y añadió—: pagaré en efectivo.

El tipo, que todavía apuntaba en la pantalla, se detuvo y la miró fijamente. Gales rebuscó en los bolsillos, sacó un puñado de billetes arrugados, separó unos cuantos y los dejó sobre el mostrador.

—¿Efectivo? —masculló el tipo.

—Cien más por las molestias —añadió ella.

Tras un instante interminable, el tipo echó mano de los billetes. Lo contó tras un largo suspiro, mirando al suelo.

—Ahora le llevo las toallas —dijo.

Ella cogió la llave y salieron.

Fuera, la noche se retiraba y todo parecía gris y azul. La habitación ocho. ¿Cuál es? No funciona el farol de la puerta. ¿Tienes sueño? Ya hemos llegado. Es aquí.

Al dar la luz, un insecto corrió a ocultarse en un agujero del zócalo. Cama doble. Papel pintado. Espejo ovalado y naturaleza muerta. Un aseo, bañera manchada de óxido.

Gales echó las cortinas.

—Lina, vas a darte una ducha. O mejor un baño —dijo.

No protestó. Simplemente se dejó caer en la cama y encendió la televisión.

—Te sentará bien —continuó Gales entre murmullos—. Y a mí también.

Entró en el baño. Resoplaba como un animal herido. Bebió del grifo, el agua sabía a tierra y le dejó un regusto a podrido en la garganta. Se lavó la cara antes de mirarse en el espejo. Quizá podría tomar otra pastilla. Quizá era demasiado. Algunas imágenes y sensaciones martilleaban en su cabeza y se sentó en el inodoro a pensar en lo que había hecho. Pero no hay respuestas. *Gales, èqué hiciste?* No podía recordarlo con claridad, no todo. A veces la memoria elige sendas sinuosas para ocultar el lugar del que partimos. Es mejor no mirar atrás y la verdad es que la niña estaba ahí fuera. Podía verla por la rendija de la puerta entreabierta. Ella era real, debía de serlo. Gales cerró los puños para retener el temblor de manos y toda ella se estremeció. Eso también era real. Solo quería darse una ducha y un respiro en brazos del diazepam, solo un rato, unas horas, sin sueños, nada de sueños.

En el dormitorio, Lina cambiaba de canal sin parar. Noticias, una película del oeste, un documental de serpientes, otra película del oeste... hasta que Gales la llamó. Lina, a la bañera. Pero tuvo que insistir y asomarse a la puerta. Lina, estoy cansada. A la bañera, por favor.

Abrió el grifo y esperó, con la mirada perdida y los codos en los muslos. Agotó el agua caliente. El espejo se convirtió en una ventana de humo, un marco para ocultar a la niña la visión de su propio reflejo. Los espejos tienen ese efecto catártico, como un testigo ocular de nuestros delitos inconscientes. Te miran a la cara y escupen la realidad, la otra realidad, la de ahí fuera. Argumento irrefutable contra las excusas. Solo los ciegos se salvan de ellos, a refugio de los ángulos incómodos. Gales cegaba a Lina cada vez que la bañaba. Se obligaba a ser buena madre, a interpretar el papel que le dieron. Teatro en el que no existía piedad, ni objeción de conciencia, ni siquiera un ensayo previo. Pena de muerte y buena cara frente al pelotón de fusilamiento.

—Quema —se quejó Lina cuando tocó el agua.

—No quema.

—¡Sí quema!

Gales rugió, agotada, y abrió el grifo del agua fría antes de sumergir la mano. Sí quemaba. Exhaló por la nariz y cerró los ojos. Removió el agua y la mezcló. Lina esperaba con los brazos cruzados, las rodillas hacia dentro y el ceño fruncido.

—Ya no quema.

Sonaba a disculpa, aunque no lo era.

La niña entró con cuidado en la bañera. Una vez sentada, se tumbó despacio. Gales rasgó el envoltorio de una pequeña pastilla de jabón y se la ofreció.

—¿Y el champú?

—No hay champú.

Lina se llenó la boca de agua y escupió un largo chorro sobre la tripa.

—Por favor —dijo Gales—. No la malgastes.

La niña tomó otro trago de agua, pero en esta ocasión lo escupió fuera de la bañera. Gales la miró ceñuda, pero no dijo nada, antes de dar media vuelta y salir.

—¿A dónde vas?

—A por el desayuno.

—Deja la puerta abierta.

—Vale.

—Pero no te vayas lejos.

—Enseguida vuelvo —dijo—. Veremos la tele y dormiremos un poco.

—No cierres.

Era una madrugada fría de cielo despejado y Gales se puso la chaqueta. El aparcamiento estaba desierto. La brisa matinal formaba olas de polvo sobre el asfalto agrietado al que asoman matorrales de hierba. Se llevó un cigarrillo a medio fumar, retorcido y requemado, a los labios y lo encendió. Un chirrido rítmico la hizo volverse. Una mujer pasó en bicicleta. Era un artificio destartado, reparado mil veces, que tiraba de un carro cargado de chatarra y trastos. En una larga vara, ondeaba un trapo deshilachado y descolorido que podría ser una antigua bandera de España. Unos pocos perros trotaban tras ella. La mujer vestía una gabardina remendada y un gorro de lana. Tocó el timbre a su paso. Gales saludó al tiem-

po que daba una calada y la observó desaparecer en la distancia neblinosa como un fantasma.

Apuró el cigarrillo y fue hasta el coche. Buscó en la guantera el revólver. Una Magnum 357. No se acostumbraba al peso. Hierro. Nada que ver con las pistolas modernas. Debería practicar un poco. Solo la había sostenido en alto una vez. Cuando Pasha la llevó a la cantera y dispararon a botellas de cerveza vacías. Debería practicar un poco más. Acostumbrarse al retroceso y esas cosas. Por lo que pueda pasar. Guardó el arma en el bolsillo de la chaqueta. Fue hasta las máquinas expendedoras que vio al llegar. Solo una contenía algo de género todavía. Pastelitos, batidos de chocolate y una bolsa de ositos de goma. Con toda seguridad, caducados o tan pasados de fecha como la máquina. Miró atrás al tiempo que sacaba la navaja y la utilizaba para forzar la cerradura. No le llevó más de un minuto. Abrió el frontal apenas lo suficiente como para introducir la mano y sacar todo lo que había. Dieta mediterránea. Premio a la madre del año.

En su camino de regreso a la habitación frenó en seco. La puerta estaba abierta de par en par.

Dejó caer chokolatinas y batidos y echó a correr. Ningún coche en el aparcamiento a parte del suyo. No pueden ser ellos tan pronto. Por favor, que no sean ellos. Entró como una exhalación con el revólver en alto y el dedo en el gatillo. La hoja golpeó en la pared, rebotó y se cerró. No necesitaba mucha explicación. El tipo de la recepción estaba en el suelo, rodeado de una maraña de toallas caídas. Convulsionaba y se sacudía como un pez fuera del agua en sus últimos estertores. Espuma en la boca, los dedos rígidos como ramas secas.

—¡Lina!

Gritó por obligación, por sacar afuera el miedo.

La niña estaba plantada en la bañera. Desnuda y empapada. Tiritando.

Gales corrió hasta ella y la abrazó, después la examinó, como si pudiese faltarle algún pedazo.

—¿Te ha visto? —la interrogó al tiempo que le echaba una toalla sobre los hombros—. ¿Te ha visto?

Antes de recibir respuesta alguna, Gales ya sabía que debían salir a toda prisa. Sin tiempo que perder. Regresó al dormitorio. Guardó el arma en bolsillo de la chaqueta. Pasó sobre el tipo, sin siquiera mirarlo. Buscó las llaves del coche y las pocas cosas que había llegado a desempacar. Sin embargo, se detuvo y, jadeando, preguntó una vez más. Solo para confirmar que existían, que eran reales también en aquel lugar.

—¿Te ha visto?

Lina, todavía tiritando, envuelta en la toalla, asintió. Los dientes le castañeteaban.

El recepcionista gemía de dolor. Los espasmos le sacudían. Los ojos muy abiertos, fijos en el vacío.

—Yo le he visto a él —aclaró la niña.

SEGUNDA PARTE

PERRAS DE GUERRA

*Hear the devil callin',
hear the devil callin.
When I hear the devil callin'
God will pay him for what he's do.
I can't stop the Dogs of War.
I can't stop the Dogs of War.*

«Dogs of War»
BLUES SARACENO

LA LLAMADA

—No voy a poder hacerlo.

La luz del teléfono apenas iluminaba su rostro en la oscuridad total. Flotando en la nada, azul y etérea, parecía un espectro susurrante que solloza en medio de la noche. A sus palabras las siguió el silencio, más denso, pesado y asfixiante que el armario en el que estaba encerrada. Así que insistió, casi sin fuerza, como un eco que le daba la razón: no podré hacerlo. Y ahora sí, la voz de Becca replicó al otro lado, tan áspera y contundente como la recordaba, porque en ese momento, Caramelo pensaba a Becca como un recuerdo, algo que se extraviaba poco a poco en el tráfico de sustancias entre sus sinapsis neuronales. Tuvo que esforzarse por poner rostro a la voz de Becca y eso le confirmó dos cosas: que tenía miedo y que podía morir.

—¿Me escuchas? —dijo Becca al otro lado—. Cariño, ¿me escuchas?

Caramelo volvió en sí.

—Te escucho —masculló.

—Sí puedes hacerlo. ¿Entiendes? Puedes hacerlo y vas a hacerlo. ¿De acuerdo?

—Sí. Pero...

—Nada de peros.

—Tengo un mal presentimiento.

—No digas bobadas. Caramelo, escúchame...

—Esto no va a salir bien. No va a salir.

—¡Caramelo! ¡Presta atención! ¿Estás escuchando?

En la oscuridad apenas se escuchaba un jadeo. Caramelo cerró los ojos con fuerza. Respiraba a sorbitos.

—Cariño —continuó Becca—. Necesito que te tranquilices, ¿vale? Tienes que estar tranquila y confiar en lo que voy a decirte. ¿De acuerdo? ¿Me escuchas? Caramelo, ¡contesta!

—¡Sí! —ahogó un grito exasperado—. Te escucho, pero no puedo hablar, joder.

—¿Dónde estás?

—En un armario al final del pasillo. Un armario o un cuartito, no lo sé.

—¿En qué planta?

—La segunda o la tercera.

—Cariño, por favor, ¿la segunda o la tercera?

—¡La tercera! —Caramelo intentó contenerse, pero al sacudirse dio una patada a la oscuridad, retumbó un golpe hueco y algo metálico cayó al suelo y repicó de forma ruidosa. Retuvo la respiración, ni siquiera parpadeaba. Becca, al otro lado, esperaba expectante hasta que Caramelo susurró de nuevo—. La tercera.

—Muy bien. Escucha. Han dado la alarma. Vas a tener compañía. Así que me voy a quedar aquí fuera, esperando. Tendrás que hacerlo tú sola y no tienes mucho tiempo. ¿Comprendes?

Una mano tan espectral como su rostro apareció de la oscuridad y le cubrió los ojos.

—No me jodas —musitó—. Becca, por favor...

—Es mejor que espere aquí fuera, por lo que pueda pasar —explicó Becca—. Tendrás que salir tú sola.

—Esto es una mierda —musitaba como en una letanía ansiosa—. Una mierda increíble. Becca, de verdad, no voy a poder.

—¡Sí vas a poder, coño! —estalló la otra—. Solo tienes que salir y bajar tres plantas. Tres putas plantas, ¿entiendes? Sal al pasillo. Ve a las escaleras. Y pierdes el culo hasta aquí abajo. Es fácil.

—Es fácil decirlo.

—Y hacerlo —replicó Becca con un tono musical y lleno de paciencia—. Para ti es fácil, cariño. Tú puedes.

Hubo un instante de silencio. Becca oía la respiración entrecortada de Caramelo. Cómo tomaba aire por la nariz, cada vez en inspiraciones más largas, y lo retenía hasta expulsarlo por la boca, su pequeña boca de fresa.

—Dime que me quieres —susurró, por fin, Caramelo.

—Te quiero —replicó Becca.

—Dime cosas bonitas.

Caramelo imaginó a Becca cerrar los ojos con fuerza y negar con la cabeza y eso la hizo sonreír, aunque era una sonrisa que asomaba entre los escombros del miedo.

—Cariño... —suplicó—. Ahora no.

—Dime cosas bonitas, por favor —insistió.

—No sé... —titubeó Becca—. Leche y galletas. Helado de mango.

—¿Con trocitos de fruta?

—Sí. Con trocitos de fruta.

—Más.

—Sábanas limpias. Tus pies. Bañarnos en la playa.

—Oh, la playa...

—Comer cerezas.

—Sigue.

—Caramelo, te quiero —dijo, casi suplicando—. Pero no tenemos mucho tiempo.

Ella alejó el teléfono y echó la cabeza atrás. La luz de la pantalla iluminó unos pocos estantes llenos de botes y cajas viejas. Un suspiro largo, casi un bufido, fue lo último que oyó Becca antes de que la llamada se interrumpiese.

Al abrir la puerta un torrente de luz arrasó con ella y la cegó por un instante. Como un naufrago que rompe la superficie del mar para descubrir una tempestad y que está a merced de las olas, Caramelo apareció en el pasillo. Paredes paneladas de maderas nobles, suelo enmoquetado, obras de arte, bustos clásicos sobre pedestales. Tan fuera de lugar que parecía una broma. Vestía ropa militar de color negro. Se recogió el pelo rubio con una bandana. Levantó ante ella las manos enguantadas, en posición defensiva.